



CASA DE LA LUNA



CASA DE LA LUNA
Cuadernos de Poesía

Dirección:

Ludwig Zeller

Secretaria de Redacción:

Susana Wald

Relacionadora Pública:

Clara Subelman

Dirección postal:

Casilla 30
Correo La Reina
Santiago - Chile

1

Nos interesaría tener
su Revista - que es
casi imposible de con-
seguir en Chile -,
en nuestra "Casa de
la Luna", lugar de
reunión de escritores,
artistas e intelect-
uales en Santiago.

Junio de 1968.

EN ESTE NUMERO:

ANTONIN ARTAUD

Carta a los directores de los asilos
de locos.

EDITH SITWELL

Euridice.
(Traducción de Aldo Torres P.)

LUDWIG ZELLER

Collage y poema.

ROSAMEL DEL VALLE

La memoria alegórica.

ALDO PELLEGRINI

He encontrado el secreto de tus ojos.

BENJAMIN PERET

Mitos y leyendas de América.
(Versión de Calvert Casey.)

ENRIQUE MOLINA

Llamada perpetua.

ROLANDO TORO

El Brujo.

TOMAS GUEVARA

Tres leyendas araucanas.

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

La cabeza de Salomé.
Poema dramático.

ANONIMO

Oración de un misal de la Edad
Media.

CASA DE LA LUNA

105

De esperanza, de sueño, de poesía está hecha esta Casa de la Luna. A lo largo de muchos años nos sostuvo el deseo de alcanzar las moradas, entrevistas apenas, en las que pudiésemos atesorar aquellas imágenes que nos brindó el día. Hemos intentado cosas muy distintas pero estamos ciertos que esta Casa interior, real y hecha de lo mejor de nosotros mismos es posible y tiene sentido como el acto creador en el cual es dado que se manifiesten las imágenes en su verdadera luz, así, desnudamente, sin transacciones, en la autenticidad de su existir.

Hay sueño aquí, porque sabemos que es como la esencia de la vida.

Querriamos ver y examinar ese lado nocturno de la existencia, en donde al brillo de una luz distinta se abren los misteriosos paisajes, los laberintos sin fin, los acantilados del delirio. Allí está la Casa, en lo imposible que se torna tangible por el sueño y por la poesía, que no es sino un acto de ininterrumpido amor.

Entendemos que la poesía tiene su raíz en el pasado histórico y lingüístico, ya que es la única forma de vivir y asumir el presente, de florecer hacia el futuro. Nuestro tiempo es sórdido, de una belleza atroz y si en él la poesía es negada como esencia es preciso tener la certeza de su existir y, a través de los párpados quemados de la realidad poder ver. Basta tener un espíritu abierto al universo que nos rodea: en cada poeta que extiende su mano al semejante baja a beber el pájaro del misterio, aquél que vimos en la infancia, el que picotea en las piedras de la magia. Quizás sea entonces posible, aquí, en el hoy, esta Casa que es de cada uno de nosotros:
la morada de la Luna.

CASA DE LA LUNA

“Todo lleva a creer que existe un cierto punto del espíritu en el cual la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, lo alto y lo bajo, dejan de ser percibidos contradictoriamente.”...

ANDRÉ BRETON

CARTA A LOS DIRECTORES DE LOS ASILOS DE LOCOS

ANTONIN ARTAUD — La Revolución Surrealista, Nº 3, 1925.

Señores:

Las leyes, la costumbre, les conceden el derecho para medir el espíritu. Esta jurisdicción soberana, temible, es sólo con su entendimiento que la ejercen. Déjennos reír. La credulidad de los pueblos civilizados, de los sabios, de los gobernantes, adorna la psiquiatría de inexplicables luces sobrenaturales. El proceso de la profesión de ustedes está hecho por anticipado. No pensamos discutir aquí el valor de su ciencia, ni la dudosa realidad de las enfermedades mentales. Pero por cada cien patogenicias pretensiosas en las que se desencadena la confusión de la materia y del espíritu, por cada cien clasificaciones en las que las mayormente vagas son las más utilizables, ¿cuántas nobles tentativas se pueden contar para acercarse al mundo cerebral en que viven tantos de sus prisioneros? ¿Cuántos de ustedes no consideran, por ejemplo, en el sueño del demente precoz, las imágenes que son su consecuencia, nada más que una ensalada de palabras?

No nos asombra el encontrarlos inferiores a una tarea para la cual hay muy pocos predestinados. Pero nos rebelamos contra el derecho que se atribuye a hombres, capacitados o no, para condenar a encarcelamiento perpetuo las revelaciones del espíritu.

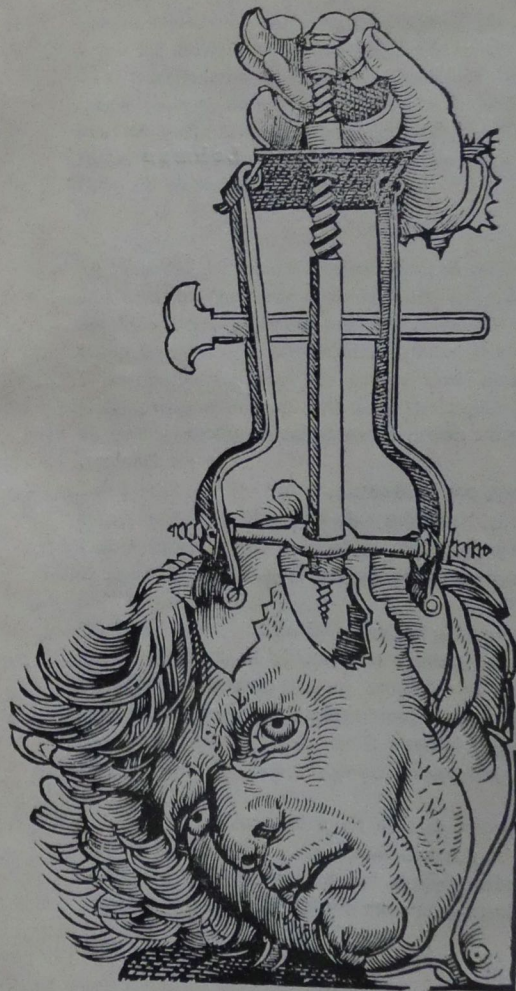
Y qué encarcelamiento. Se sabe —nunca se sabrá lo suficiente— que los asilos, lejos de ser ASILOS son temibles cárceles, en las que los reclusos proveen mano de obra gratuita y cómoda y donde la sevicia es regla. Todo esto lo toleran ustedes. El asilo de alienados, bajo la protección de la ciencia y las leyes, es comparable a los cuarteles, a las prisiones, a las mazmorras.

No nos referiremos aquí a las internaciones arbitrarias, para evitarles el trabajo de una fácil réplica. Diremos que una gran parte de sus asilados, en absoluto locos según el fallo de la ciencia oficial, están internados arbitrariamente. Y no podemos admitir que se impida el libre desenvolvimiento de un delirio tan legítimo y lógico como cualquier otra serie de ideas y

de actos humanos. La represión de las reacciones antisociales es tan quimérica como inaceptable en principio. Todos los actos individuales son antisociales. Los locos son las víctimas antisociales por excelencia de la dictadura social. Y en nombre de esa individualidad, que es patrimonio del hombre, reclamamos se libere a estos forzados de la sensibilidad, ya que no es privativo de ninguna ley encerrar a los que piensan y obran.

Sin querer insistir en el carácter verdaderamente genial de las manifestaciones de ciertos locos, dentro de lo que nos consideramos aptos para apreciarlas, afirmamos la legitimidad absoluta de su concepción de la realidad y de todos los actos de ella dimanados.

Esperamos que recuerden mañana esto, a la hora de la visita médica, cuando traten de conversar sin léxico con esos hombres sobre los cuales, deben reconocerlo, no tienen otra superioridad que la que les da la fuerza.



En cualquier momento, cualquiera de nosotros puede caer en la trampa. En los sistemas cerrados de pensamiento hay prisioneros y esbirros. Artaud lo sabía. A usted lo pueden acusar de loco; basta que su familia sea formal, descastada, encerrada en su esquema y que tenga el asentimiento y complicidad de un psiquiatra para que toda manifestación de libertad individual pueda ser juzgada como síntoma de locura.

¿Usted no ha logrado tener un trabajo o un hogar estable?

¿A usted no le interesa la seguridad ni el dinero?

¿Usted piensa por sí mismo?

¿Ha tenido usted un fracaso, está triste y sin ganas de vivir?

Usted no es normal, entonces, usted es raro y está maduro para la clínica psiquiátrica.

Esté alerta. Esto sucede frecuentemente, hasta en “las mejores familias”. Lo curioso es que para esta tarea siniestra de enterrar en vida a un ser humano, se emplee la complicidad de ciertos psiquiatras como el Dr. E. P. A. que no merece título de tal, sino probar el mismo el sabor de la cárcel.

Edith Sitwell

EURIDICE

A John Lehman

¡Fuegos en el hogar! Fuegos en los cielos. Fuego en los corazones
[de los hombres.

Hecha de oro brillante en la tierra por la Muerte,
Yo os saludo. Todo el peso de la Muerte en todo el mundo
Aun no iguala al Amor, la gran compasión
Para el polvo caído y todos los seres caídos, activos
Como el Sol en el vacío firmamento.
Brilla cual fuego. Oh resplandor dorado del calor del sol
Del Amor, al través de los campos oscuros, consumiendo las duras
[cáscaras de la Muerte
Hasta que todo es fuego, y todo tiende a convertirse en fruto.
Mirad. Estoy de pie en el centro de la tierra
Que fue mi Muerte, bajo el cenit de mi Sol.
Advirtiendo desde la Oscuridad
Que también la Muerte se compadece de toda Naturaleza caída.
Pues, como el Sol entierra sus días y rayos ardientes,
Para que maduren, así, los grandes rayos de luz del corazón,
Maduran en sabiduría por la Muerte, y nuestro perdón es grande.

Cuando Orfeo vino por entre las tinieblas, con su cantar de Sol,
Como los movimientos celestes que orientarían nuestras vidas,
Si en nuestra ceguera pudiésemos imitarlos,
Llegué hasta la boca de la Tumba . . . No imaginé un encuentro semejante:
Tan sólo como el regreso del trabajador
Fatigado, en el atardecer, por el campo sagrado.
Grito de bienvenida, recordado beso.

En lo tardío del tiempo propicio, con los pies dorados
Que cruzaron los dominios de la Muerte, voy de nuevo
Por los terrenos sombríos, sobre los cuales los sembradores echan los granos
Como lágrimas o las constelaciones lloran el atraso de la estación,
Y las mujeres fúnebres, van, cual la Tarde madura, con las cabezas inclinadas
Y los párpados de oro, cual los designios del narciso
En primavera, humedecidos por su llanto . . . Lloran por una joven esposa
[que recorrió estos campos,

Tan joven, aún no había Proserpina atado sus cabellos de oro
En un moño como el del maíz frondoso . . . Era tan buena
Con su dulce voz de golondrina. Ella yace en la Tumba silenciosa
Y vagan solitarias por el campo. Entonces, uno de los Muertos que yacían
Bajo la tierra, turbia y clara
Efigie de Osiris, el rostro verde lo mismo que una luna,
Aquél que estaba en la oscuridad con el trigo,
Cual llamarada de su corazón o dorada melodía,
Me dijo: "Hemos estado ciegos y despojados de todas las cosas
Para ver la luz que brilla en las tinieblas, y aprendimos
Que la llama de oro del trigo puede brotar de un corazón estéril".

Cuando descendía de la Metrópolis del Maíz,
El polvo cruel, que se alzaba a mi alrededor, me dijo:
"Tengo el hambre del león, devoro todas las cosas

O las hago mías... Venus fue tan poderosa como yo...
Hoy no es más que un puñado de polvo de ámbar seco
Mi diente destruyó la cáscara, el seco muro de ámbar
Que contenía el fuego de la espiga. Aquél fuego se ha ido.
Y no olvides que el Amor o Yo trituramos
Tu corazón entre las piedras de los años".

Al separarme de la boca de la Tumba, en lontananza, como el ruido de
[obscuras abejas salvajes
Se alzó el bullicio de las moradas de los Hombres, y pensé en sus
[construcciones,
En sus guerras, en su ganancia, y en los tejados de oro levantados contra
[la Oscuridad.

Yo había aprendido debajo de la tierra que toda especie dorada
Se transforma en trigo u oro en la dulce oscuridad.
¿Por qué llorar a los que están en la Tumba silenciosa
Con lágrimas que caen como granos? "Su corazón, panal de miel,
La densa Oscuridad, como un oso, lo devora... Todo el oro se ha ido.
La celda del panal tiene seis lados... Pero las cinco celdas de los sentidos
Almacenan todo su oro... ¿Dónde estará ahora? Sólo el viento de la Tumba
[puede saberlo".

Mas no temi a ese aliento escalofriante, destilado
En medio del polvo... El amor no es transformado por la Muerte
Y nada se pierde y todo, al fin, es fruto.

Como la tierra preñada por el potente león del Sol,
Cuando cae con sus días y rayos ardientes,
Así estamos grávidos de Muerte, como una mujer embarazada.
Igual que la mazorea su madurez, así el panal contiene
Su carga del verano... Tal como en oro se transforma en maíz,
Así se alzó mi Vida desde mi Muerte. Desdeñe la grandeza de la Muerte

Y volví a las humildes cosas del Amor: la formación del hogar, el amasijo
[del pan cotidiano,

Los alaridos del alumbramiento, y todo el peso de la luz
Moldeando nuestros cuerpos y nuestras almas... Volví a la juventud,
Al rumor del estío prolongado en nuestras venas,
Y a la ancianidad, tarde serena,
Un elemento más allá del tiempo o un clima nuevo.

Con el resto de la juventud nacida de la oscuridad,
De retorno a la oscuridad, me detuve en la boca de la Tumba,
Junto a uno que deslumbraba como el viento al venir
A mi encuentro — Orfeo de los labios de oro,
Tú —, como Adonis nacido del joven árbol de la mirra, tú, vástago de la vid,
Quebrado por el viento del amor... Me volví a saludarte,
Y cuando toqué tu boca, ella era el sol.

Traducción: Aldo Torres P.

Notas al poema

Versos 30 a 32

... "Una esposa tan dulce, una esposa joven, *Nondum sustulerat flavum Proserpina crinem* (aún no había atado Proserpina sus cabellos de oro), jamás hombre alguno tuvo semejante esposa, tan buena, pero ella está muerta y se ha ido, *Lethaeoque jacet condita sarcophago* (Ella yace sepultada en la tumba silenciosa)".

Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*.

Versos 39 y 40

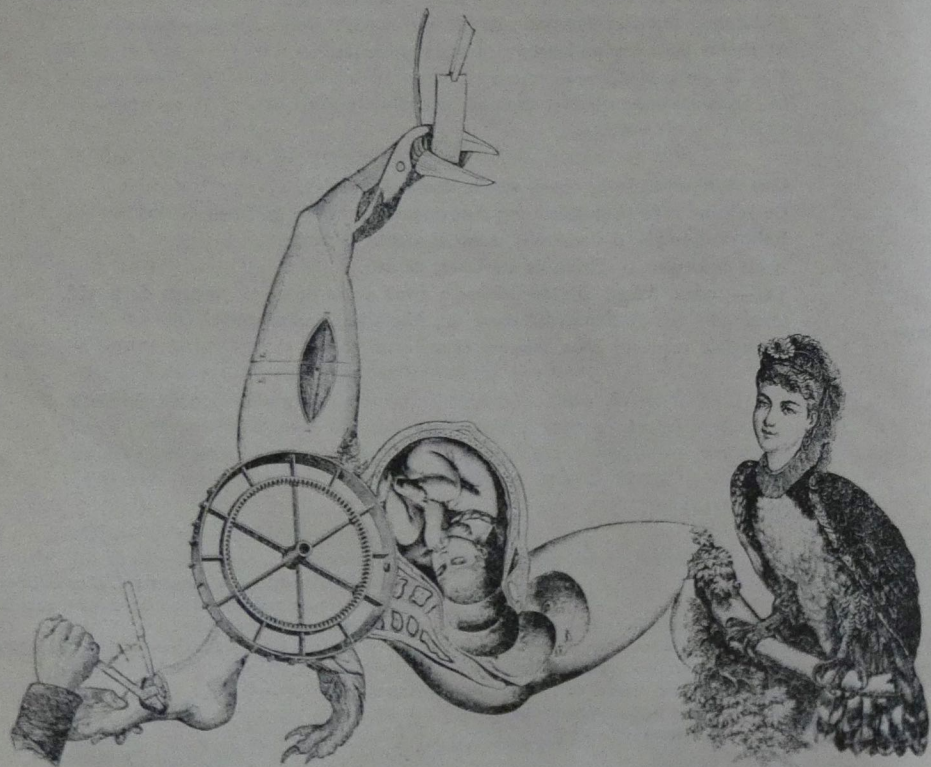
"La luz de Dios brilla en la oscuridad, Dios es la verdadera luz: para verla hay que estar ciego y absolutamente despojados de las cosas".

El maestro Eckhart, *Sermones y Colaciones*, XIX.

Versos 66 y 67

"Y su muerte
la llenaba de Plenitud
Plena como una fruta con dulzura y oscuridad
Así estaba ella de su muerte".

Rilke.



Reproducción de "Los Placeres de Edipo", libro
de collages y poemas
de Ludwig Zeller, actualmente en prensa.

Ludwig Zeller

Junto a la rueda que arde anidaron los cuervos
Por la espiral bajaron a beber hasta el hueso.
¿Dónde estará mi madre? Entre los árboles
La lengua escucha abrirse sus panales.

Da vueltas ya la cruz y por los filos
Sus dientes van cortando la cebolla en mi espalda;
Qué dulce esa raíz, aquí está el vaso en que brotaban
Lágrimas, allí el vaso crispado de las garras.

Quebrados ya los pies oigo el cuchillo
Como una maldición. ¿Dónde? ¿Hacia dónde?
En la lluvia de sangre bala y bala el cordero,
La llave abre sus ojos, los caminos sus llagas.

Rosamel del Valle

LA MEMORIA ALEGORICA

Oh aquel que andaba en puntillas
Por los ojos húmedos del mundo.
Creo reconocerlo en la ansiedad de las cosas,
En el desvelo de los clavos ocultos entre el polvo,
Entre revelaciones atrapadas por la luz en la memoria.
Eras tú, en aquel tiempo conocido sólo por el cambio de guardia de los astros,

En aquel tiempo de mayor soledad cuando las visiones
Servían de guías de viaje y de enseña en las posadas.
En aquel tiempo del tiempo sin tiempo
La higuera era sagrada y el hijo seguía al padre
Regocijado por la crueldad del sacrificio.
Recuerdo tu agua florida, refresco para las cóleras

Y podría reconocerme en el sonido que haces dentro de mí y lejos de mí
Porque el sol tiene más bellos ojos este año y
Porque mis recuerdos son el viento que duerme sonriendo al mar en las colinas.

Principio y continuación de todas las fascinaciones,
Ahora eres la imagen del silbante geranio,
El ruido del corazón en un jardín visitado de noche por abejas.

Mira a mi alrededor y sabrás que la ausencia ha sido una lámpara
Porque estuve dentro de ti y lejos de ti
Y quizás en aquel día del trueno en el monte
Cuando todo se hizo negro aun en la negrura que había dentro de mí,
[porfiado en el martirio.
¿Me viste en el adiós a la tierra, martirizado, solo con el abismo entre
[las manos?
¿Me viste partir hacia el lado sin estrellas del mar?

Tiende ahora la cuerda del último regocijo,
El hilo invisible para pasar, la mirada de cuya raíz se extrae el sueño,
La escala formada para el homenaje al descenso encendido.
Pienso en la flor del destino más abierta que nunca
Como tu no ser
En mi ser sin imagen.

Aldo Pellegrini

HE ENCONTRADO EL SECRETO DE TUS OJOS

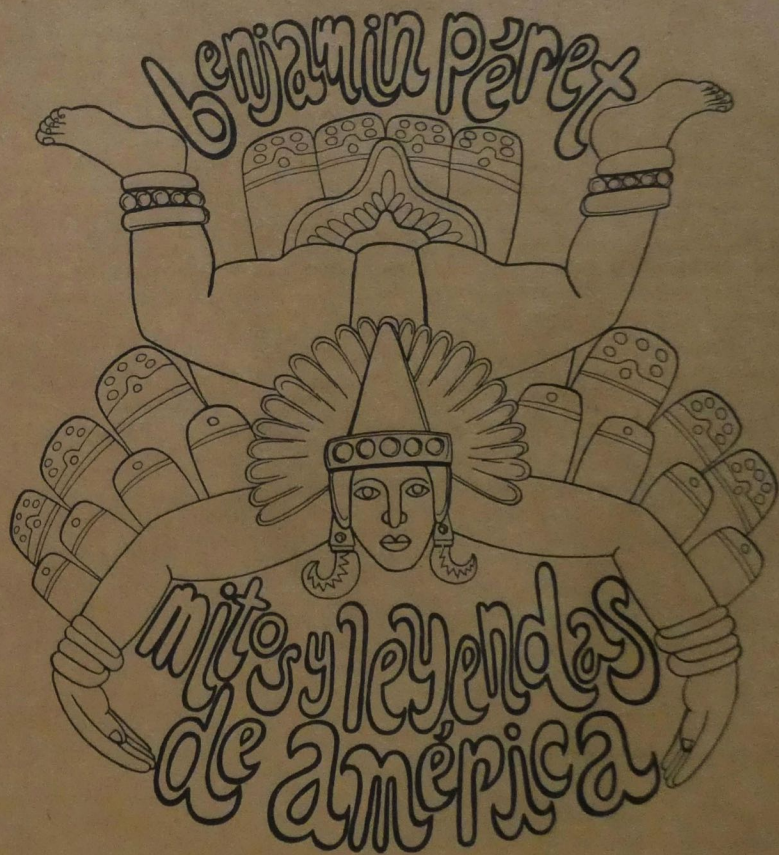
Mírame

busco en el fondo del pozo la cantárida dorada
y para salvar a la noche asesino a los noctámbulos
mirame hasta el agotamiento de las fuentes
donde el temblor se deshace
en la inmovilidad de tus ojos
¿desde qué día señalado por la ausencia de horas
has dejado de creer en la noche?
el amor es una forma de la maduración de los ríos
es un pasatiempo vertiginoso al borde del abismo
y tú has comenzado a caminar por la cuerda de mis sueños
a embellecer la muerte de los pasos.

Para que sólo tu luz me ilumine
ordena que hoy sea el último día
ordena que se derrumben las alturas
arranca la blanca mancha del sol
de otros ojos extraños que pasan.

Mírame

mírame en la luz de un universo sin mundos
en la luz de esa aurora feroz
mírame con tus dientes
y a través de la espuma
de océanos interminables que nos acechan.



INTRODUCCION:

Mostrando los primeros pasos del hombre por el camino del conocimiento, esta antología indica claramente que el pensamiento poético aparece desde el alba de la humanidad, primero bajo la forma del lenguaje —no considerada aquí— más tarde bajo el aspecto del mito que prefigura la ciencia, la filosofía y constituye a la vez el primer estado de la poesía y el eje alrededor del cual continúa girando a una velocidad indefinidamente acelerada.

El pájaro vuela, el pez nada y el hombre inventa, pues, en toda la naturaleza, es él el único que está dotado de una imaginación siempre alerta, siempre estimulada por una necesidad incesantemente renovada. Sabe que en el acto de dormir su mente hormiguea de sueños que le aconsejan matar a su enemigo mañana mismo o, interpretados según las reglas, le trazan el porvenir. Pero ¿son estos sueños manifestaciones de su "espíritu", del de un ancestro que le protege o le persigue, la venganza por una ofensa determi-

nada? Para el primitivo, aún no hay sueños; esta misteriosa actividad del espíritu en un cuerpo inerte le revela que su "doble" vela por él, que un antepasado pesa sobre su destino, o más tarde, que un dios —Viracocha entre los incas, Huitzilopochtli entre los aztecas— quiere la felicidad del pueblo a cambio de un tributo de adoración. Este espíritu que está en él y lo anima noche y día, no es lo bastante presuntuoso —conociendo la debilidad de sus medios físicos— para creerse que es el único que puede poseer el universo. El sol, la luna, las estrellas, el rayo, la lluvia y la naturaleza entera se le asemejan y, si de materia a materia, su poder es débil, está compensado de espíritu a espíritu, por una potencia que él postula sin límites. Le basta descubrir el medio adecuado para ponerse en contacto con el espíritu que es necesario apresar. Si la naturaleza parece hostil o por lo menos indiferente a la suerte de los hombres, no siempre fue así. Los animales, las plantas, los fenómenos meteorológicos y los astros son ancestros dispuestos a socorrerlo o a castigarlo. Fueron buenos o malos y se han transformado, en señal de recompensa o de condenación, en un elemento útil o dañino al hombre, a menos que un accidente imaginario no determine esta metamorfosis para explicar

un fenómeno natural pero sorprendente.

No se trata aquí de hacer la apología de la racionalista a costa del pensamiento racionalista, sino de rebelarse contra el desprecio con que tratan la poesía los tenedores de la lógica y de la razón, descubiertas a su vez partiendo del inconsciente. La invención del vino no ha incitado al hombre a abandonar el agua para bañarse en vino rojo y nadie negará además que, sin la lluvia, no existiría el vino. Del mismo modo, sin la iluminación inconsciente, la lógica y la razón, quedándose en el limbo, no sentirían la tentación de denigrar la poesía. Si la ciencia nace de una interpretación mágica del universo, se parece mucho en todo caso a esos hijos de la herda primitiva que, según Freud, asesinaron a sus padres. Por lo menos éstos hicieron de aquellos, prestigiosos héroes celestes. Las generaciones futuras tendrán que restablecer la armonía entre la razón y la poesía. Es imposible continuar oponiéndolas entre sí, arrojando deliberadamente un velo púdico sobre su origen común. Puede reprocharse al pensamiento racionalista, tan seguro de sí mismo, el no tener en cuenta para nada, en general, sus fundamentos inconscientes, el separar arbitrariamente el sueño de la realidad. Mientras no se haya reconocido sin reticencias el papel capital

del inconsciente en la vida síquica, sus efectos sobre lo consciente y las reacciones de éste sobre aquélla, seguiremos pensando como católicos dogmáticos, es decir con un dualismo salvaje, con la reserva de que mientras el salvaje sigue siendo poeta, el racionalista que niega la UNIDAD del pensamiento es un obstáculo al movimiento cultural. El que la comprende se revela como revolucionario que tiende, quizás ignorándolo, a reincorporarse a la poesía. En definitiva, hay que reducir de una vez por todas la oposición artificial creada por espíritus sectarios venidos de un lado y otro de la barricada que se han puesto de acuerdo para elevar, entre el pensamiento poético, que antes se calificó de prelógico, y el pensamiento lógico, entre el pensamiento racional y el irracional.

Un siglo antes que Freud, Goethe confirma la intuición popular que ve en los poetas los precursores de los sabios e indica que "el hombre no puede permanecer mucho tiempo en el estado consciente y debe volver a sumergirse en el inconsciente, pues allí mora la raíz de su ser".

Entre los hombres de las edades antiguas, el pensamiento consciente comienza a surgir de las brumas de un inconsciente que apenas se diferencia todavía del instinto animal. Incluso en el "primitivo" actual, la parte

del pensamiento consciente sigue siendo sin duda muy débil y estrictamente limitada a las necesidades prácticas de la vida cotidiana. Ya no hay que demostrar que la actividad inconsciente y la vida onírica, asociadas a un espíritu de juego casi desaparecido de nuestro mundo, lo dominan desde lo alto. Pero ¿está el hombre civilizado desde este punto de vista, diga lo que diga y suponga lo que suponga, tan lejos de su hermano "inferior"? En todo caso tenemos la seguridad de que las explicaciones que da el primitivo de los orígenes del mundo y de su propio origen y naturaleza son productos de la imaginación pura en que la parte de la reflexión consciente permanece nula, o casi nula. A ello obedece, sin duda, que, no limitadas ni criticadas, esas creaciones se parezcan siempre a lo maravilloso poético.

Se espera sin duda que yo defina aquí lo maravilloso poético. Me guardaré muy bien de hacerlo. Diré que su naturaleza es luminosa pero no sufre la competencia del sol: disipa las tinieblas y el sol su destello. El diccionario claro está se limita a dar una terminología seca en que lo maravilloso se reconoce tan mal como una orquídea conservada en un invernadero. Trataré solamente de sugerirlo.

Lo maravilloso, está en todas partes, en todo tiempo, en todos

los instantes. Debería ser la vida misma, a condición de que no se convierta esa vida en cosa deliberadamente sórdida como esta sociedad se ingenia en hacerlo con su escuela, su religión, sus tribunales, sus guerras, sus campos de concentración y su horrible miseria material e intelectual. Pero me acuerdo: fue en la prisión de Rennes donde me hicieron encerrar en el mes de mayo de 1940 porque había cometido el crimen de creer que una sociedad semejante era mi enemiga, cuando se me obligó, como a tantos otros, a defenderla dos veces en mi vida, y yo no reconocí nada de común en ella.

Ya se sabe cuál es el mobiliario de esos lugares: una imitación detestable de un lecho donde es imposible dormir. El reglamento obliga a replegarlo contra la pared durante el día, de modo que el prisionero tenga que tumbarse por el suelo. Hay una mesa adosada a la pared y frente a la cama, y junto a ella un taburete cementado al muro, para que el prisionero no ceda a la tentación obsesionante de utilizarlo para matar al carcelero. ¿Cómo puede un hombre hacerse carcelero? Persisto en no entenderlo. Aparte del abismo de ignominia que semejante "profesión" supone, el carcelero TAMBIEN vive en la cárcel.)

Habían pintado de azul los cristales de la ventana situada fuera del alcance de mi mano. Me pasaba buena parte del día acostado de espaldas sobre el piso, mirando a la ventana por la que ya no pasaba el sol. Y vi en los vidrios, unos instantes después de que los pintaron, el rostro de Francisco I, tal como los manuales de historia elemental me permitían recordarlo. En el vidrio contiguo, un caballo se encabritaba. Al lado, veía un paisaje tropical muy parecido al del aduanero Rousseau, en cuyo ángulo inferior derecho había un hada. ¡Qué encantador mi hada que lanzaba mariposas con un gesto ligero y gracioso de la mano, levantada su cabeza! En el último vidrio leí el número 22. Pero ¿el 22 de qué mes y de qué año? Estábamos en la primera semana de junio de 1940. A la acusación que pesaba sobre mi correspondía una fuerte sanción y mis cálculos más optimistas elevaban mi prisión a tres años. Sin embargo, quedé convencido, contra toda probabilidad, que mi liberación estaba próxima.

No obstante, todos los días, o casi todos, las imágenes se renovaban, sin que aparecieran más de cuatro imágenes a la vez sobre los ocho cristales de la ventana.

Francisco I se convertía en un navío que se hundía entre

las olas; el paisaje del hada en una máquina complicada, el caballo en un café, etc. Sólo el número 22 permanecía allí obstinadamente, hasta el día en que una bomba que cayó en los alrededores arrojada desde un avión hizo desaparecer durante todo el día a los carceleros, y también la mayor parte de los cristales. Entera, aunque rajada, sólo seguía la porción de la ventana en que yo acostumbraba ver al número 22 que, sin embargo, había desaparecido una o dos veces del vidrio para aparecer en otra parte.

Y créase o no, salí de la prisión de Rennes el 22 de julio de 1940 mediante un rescate de mil francos pagado a los nazis.

Inútil decir que, libre y encantado de mi "descubrimiento", pinté vidrios de azul, verde, rojo, etc., sin ver en ellos desgraciadamente más que una mancha de color apenas uniforme.

Mi error era flagrante: lo maravilloso no se fabrica por ninguna receta farmacéutica. Lo maravilloso lo agarra a uno por la garganta. Es necesario un cierto estado "vacante" para que se digne visitarnos.

Sin perderse en hipótesis peligrosas, es posible suponer que el hombre, liberado de las presiones morales y materiales de esta época, conocerá una era de

libertad —hablo no solamente de una libertad material, sino de una libertad del espíritu— que difícilmente podemos imaginarla.

El hombre primitivo no se conoce aún, se está buscando. El hombre actual se ha extraviado. El hombre de mañana deberá en primer lugar encontrarse, reconocerse, tomar contradictoriamente conciencia de sí mismo. Tendrá la manera de hacerlo. Quizás ya la tenga en su poder sin poder emplearla, porque no puede pensar bajo el polvo que lo asfixia. Si el hombre de antaño, no conociendo otros límites a su pensamiento que los de su deseo, pudo en su lucha contra la naturaleza, producir estas maravillosas leyendas ¿qué no podrá crear el hombre de mañana consciente de su naturaleza y dominando cada vez más al mundo con un espíritu liberado de toda traba?

Uno de los primeros enigmas que el hombre trató de resolver fue inevitablemente el que le planteaba la sucesión de los días y las noches, del sol y de la luna. Para todos los pueblos no civilizados de América la pregunta sigue en pie. Los jibaros de los confines del Brasil, Perú y Colombia piensan:

EL SOL SUBE AL CIELO

El sol es un hombre. Tenía muchas mujeres de la familia de las ranas por su aspecto. Vivía con ellas en buena armonía. Mientras que él cazaba, una de ellas, queriendo saltar, se hirió y se partió la pata al caer de un tronco que se movía. La mujer gritó "Au". Quería reírse y decir: "Ja, Ja, jay" como se ríen las mujeres, pero no podía decir más que: "Au, au", como la rana que se deja oír cuando quiere llover.

El sol volvió a irse de caza y ordenó a una de sus mujeres que preparara alverjas para su regreso. Esta mujer llenó una olla de alverjas y se puso a cocinar. Al hervir, el volumen de las alverjas aumentó y se derramó la olla. Queriendo impedir que cayeran al suelo, la mujer rompió al recipiente. Cuando el sol regresó hambriento, sólo encontró el desastre causado por esta mujer y la regañó. "Inútil, te dije que cocinaras porque pensé llegar con hambre y lo que has hecho es destruir toda la provisión de alverjas. No te había dicho que prepararas todo, sino lo que hacía falta para comer ahora. Toda se ha perdido por tu culpa".

En otra ocasión, cuando volvió a salir de caza, le mandó que arrancara las yerbas malas y que preparara PIFAYOS (fruto de una palmera). A su regreso, la halló todavía destruyendo la yerba. Iracundo ante tanta estupidez, colocó una plancha de amasar el mañoco para el MASATO (bebida fermentada) sobre una mata de PIFAYO, sobre las hojas. Encima colocó una canasta y se plantó encima de todo. Rápidamente el árbol creció y se fue al cielo. Los que querían encaramarse no lo lograban y se caían. En vano trataron de derribar el árbol; tampoco se pudo lograr que el sol regresara. A eso se debe que el sol se haya quedado allá arriba.

Marqués de Wavrin. *Journal de la Société des américanistes de Paris*, Nueva serie, tomo XXIV.

LA INVENCIÓN DE LA MUERTE

El sol se estaba poniendo viejo. Ya era un ancianito. Habiéndose casado una vez con la luna, sólo, tenía por hijos animales. Por eso la había dejado.

Un día se dijo:

"¿Cómo voy a quedarme sin tener con quien conversar? Soy muy viejo para volver a casarme. Voy a hacer hombres".

Creó los primeros hombres y los envió a la montaña para que vivieran y guerrearán allí, y les dijo:

"La luna tiene muchos habitantes. Vayan y háganles la guerra y exterminenlos a todos, pero dejen vivas a las mujeres y tráiganlas".

Los primeros hombres se marcharon a la guerra, pero no encontraron seres humanos. En cambio encontraron muchos murciélagos. Regresaron donde estaba el sol y le dijeron:

"¿Por qué nos has enviado donde no hay más que murciélagos?"

El sol contestó:

"¿Y por qué no me han traído uno por lo menos para verlo?"

Los hombres se fueron, dejando solo al sol. Pero él los quería mucho. Llamó de nuevo a los hombres y les dijo:

"Seguirán viviendo, aunque los maten. Sucumbirán, perecerán momentáneamente, pero volverán a curarse".

Entonces llegó el insecto que conocemos por el nombre de amaranto que en aquel tiempo era un hombre. Ahora no es más que un insecto venenoso y malo. Vino a ver a los que resucitaban y les enterró su dardo, en el medio del corazón, para que se murieran. No resucitaron. Por eso es que ahora todos nos morimos.

Marqués de Wavrin. *Los jibaros reductores de cabezas*, Ed. Payot, París 1941.

La razón de la existencia terrestre es la muerte, pero hubo una época en que ésta no alcanzaba a los hombres. Por eso hubo que inventarla.

En los confines de la Argentina y el Chaco los indios toba creen que las mujeres llegaron del cielo:

LA JAULA DE LAS MUJERES

Hace mucho tiempo, un fuego enorme devastó toda la tierra, de modo que no quedó nada. Entonces no existía ningún toba. El primer toba que salió de la tierra se apoderó de un tizón, que tomó del gran incendio, y se lo llevó. Otros hombres salieron de la tierra de la misma manera. Así los hombres salieron del fuego; mantuvieron la vida gracias a una raíz que los toba llaman TANNARA. Además, cogían peces en el río. Pero no vivía aún ninguna mujer toba.

Un día, al regresar de la pesca, los hombres vieron que todo el pescado, que habían puesto en los depósitos de alimentos fuera de las casas, había desaparecido en su ausencia. "¿Quién ha podido llevarnos el pescado?", se preguntaban entre sí, asombradísimos. Nadie sabía responder. Volvieron a poner el pescado que traían en los depósitos y se marcharon a sus ocupaciones. Al día siguiente, cuando volvieron de la pesca, se dieron cuenta de que mientras estaban en el río alguien les había robado otra vez el pescado. Al tercer día ocurrió lo mismo. Entonces un toba propuso: Me quedaré aquí y me ocultaré cerca de las casas para ver quién nos roba el pescado cuando no estamos. Y el toba se quedó atrás cuando los demás partieron. Al poco rato vino corriendo donde estaban los otros en el río. "He visto a los ladrones, les gritó, vengan a verlos". Volvieron todos a las casas y contemplaron una cosa maravillosa. En una jaula que colgaba del cielo había varias mujeres. Mientras que los hombres se iban al río, la jaula descendía hasta tocar la tierra, de modo

que las mujeres podían alcanzar el pescado y robárselo. Los hombres empezaron entonces a arrojar piedras en el fondo de la jaula, donde se formaron agujeros por los que las mujeres cayeron a tierra con tal fuerza que se enterraron en el suelo.

Los hombres entonces se pusieron a cavar la tierra con palos para que las mujeres pudieran salir; cavaron con tanto ardor que con los palos les hundieron los ojos a varias que se quedaron tuertas. Así consiguieron mujeres los tobas. Todas las mujeres eran hermosas y tenían abundante cabellera.

Después de esto, otro gran fuego amenazó a los tobas, pero ya habían aprendido el arte del encantamiento, y un toba que conocía ese arte pudo evitar el mal.

Rafael Karsten. *Tribus Indias del Chaco boliviano y argentino*. Hel-singfors, 1932.

Para los indios kadiueu del Matto-Grosso brasileño, ha sido necesaria una intervención exterior para conferir a los pájaros el color que les vemos:

LOS COLORES DE LOS PAJAROS

Tres niños jugaban siempre hasta muy tarde, después de la medianoche, delante de su casa. Sus padres no los molestaban.

Una noche, jugaban. Ya era muy tarde. Del cielo bajó una tinaja enorme de tierra cocida, toda cubierta de dibujos. Estaba llena de flores y se detuvo justamente en mitad del patio.

Ya sabemos cuanto aman los niños las flores: no pueden verlas sin correr a cogerlas.

Los niños vieron las flores y fueron a apoderarse de ellas. Pero cuando extendían los brazos para hacerlo, las flores pasaban al otro lado de la tinaja. Los niños entraron en la tinaja para perseguir las flores.

Una mujer vio esto y dijo a la madre:

"Ven a ver lo que hay en el patio. Tus hijos juegan con un lindo tiesto que tú nunca has visto".

La madre fue a ver. Pero cuando se acercó, la tinaja comenzó a elevarse. La madre pudo agarrar la pierna del niño que no había acabado de entrar en la tinaja y tiró de ella, pero la tinaja seguía elevándose con fuerza. La madre, a fuerza de tirar, le arrancó la pierna al niño.

La tinaja siguió elevándose y la sangre del niño corriendo. Pero corría mucha sangre, como la de tres o cuatro bueyes. La sangre que manaba de la pierna arrancada es la banda roja del cielo. Hasta nuestros días, aparece cuando llueve un poco antes de la sequía.

La sangre que corría formó un lago muy rojo sobre la tierra, cerca de la casa de la madre de los niños.

Esta lloró mucho y pidió al que le había robado a sus hijos que se quedara con ellos puesto que se los había llevado, pero que los tratara como a sus propios hijos.

Primero vino un guacamayo, de esos que ahora son verdes. Si, en aquel tiempo ningún pájaro tenía colores. Todos eran blancos. Y hasta el día de hoy, los cañones de las plumas de todos los pájaros son blancos; después cambian de color.

El guacamayo llamó a la puerta de la mujer. Cuando salió, le explicó que había venido a ver el lago rojo, y le dijo a la mujer como se llamaba para que supiera quién era él.

El guacamayo se fue a bañar en el lago y salió muy rojo, pero la sangre del niño comenzó a darle picazón por todo el cuerpo, y como la sangre estaba tan caliente, se frotó contra la MACEGA; por eso es verde y rojo.

Después vino un papagayo, después otro y todos le dijeron a la mujer quiénes eran, se bañaron y fueron a frotarse a algún lado, y por eso se pusieron del color que tienen hoy.

El URUBU (buitre) llegó entonces. Era blanco como los otros pájaros. Dijo quien era para que la mujer lo supiera y fue a bañarse; pero no pudo soportar el calor y corrió a frotarse con ceniza. Por eso se quedó negro. El URUBU se miró y no le gustó el color. Cogió entonces ceniza de MACEGA GROSSA y se frotó las piernas. Por eso le quedaron más claras.

Así, todos los pájaros del mundo se fueron a aquel lago, se bañaron y se frotaron enseguida contra algo. Los que no se frotaron se quedaron rojos y los que no fueron al lago siguieron blancos.

Darcy Ribeiro, *Religión e mitologia kadiueu*. Publicación N° 106 del Servicio de Protección a los Indios, Río de Janeiro, sin fecha.

pidió, por el momento, la creación de los indios.

A los pocos días, Cauptaguan enfermó de parto y murió de los dolores. Sus hermanos recogieron los huevos y los arrojaron en un incensario, de los que salieron dos niños que se pusieron a dar gritos. Una santa los recogió y los educó; uno se llamaba Apo-Catequil, príncipe del mal y el ídolo más respetado que hubo en el Perú. Lo adoraban desde Quito hasta el Cuzco. Su hermano se llamaba Pijuerao.

Catequil se acercó al cadáver de su madre y la resucitó. Su madre le dio dos GUARAPAS o hondas, que Guamansuri le había dado, con la orden de entregarlas a sus hijos para que las emplearan para matar a los guachemines, cuando tuvieran edad, lo que en efecto hizo. Los que pudieron escaparse se fueron lejos; entonces subió al cielo y dijo a Ataguju: ahora la tierra está liberada y los guachemines se exilaron; te ruego pues que crees a los indios para que la habiten y la cultiven. Ataguju le contestó que como había combatido con tanto valor, no tenía más que ir a las montañas de Guacas por encima de Sancta, entre Trujillo y Lima, donde está hoy la villa de la Parrilla, y que cavando la tierra con un pico de oro o de plata saldrían indios de ella y se multiplicarían y poblarían el país, y ello ocurrió en efecto como él había dicho.

Los indios del Perú se dieron cuenta muy pronto de quiénes eran los invasores cristianos; pronto la hostilidad de los indígenas se tradujo en leyenda:

INDIOS CONTRA ESPAÑOLES

Los indios creían que Ataguju había creado primero a Sugug-Cabra y a Ucuiz-Cabra para que lo sirviera, y después a Guamansuri. Los indios creen que éste fue enviado a la tierra por su amo y que llegó precisamente a la provincia de Guamachuco, donde encontró cristianos, que en su idioma ellos llaman guachemines. Estos, viéndolo pobre y abandonado, lo hicieron su esclavo y lo obligaron a trabajar para ellos. Tenían una hermana que se llamaba Cauptaguan, a la que cuidaban tanto que no dejaban que nadie la viera; pero un día que estaban ausentes Guamansuri encontró la manera de llegar hasta ella y de seducirla con regalos. Pronto quedó encinta. Cuando los hermanos se dieron cuenta, se apoderaron de Guamansuri y lo quemaron. Las señales dicen que sus cenizas subieron al cielo y que está cerca de Ataguju. Fue ese acontecimiento lo que im-

Anónimo, escrito en la segunda mitad del siglo XVI.

Recueil de documents et mémoires originaux sur l'histoire des possessions espagnoles dans l'Amérique: lettre sur les superstitions du Pérou, (Libreria Gide, Paris, 1840).

(versión de Calvert Casey).

Reproducción de la Revista "Casa de las Américas", Volumen 1, N° 3, La Habana, Cuba.



Ediciones Casa de la Luna

CASILLA 30 - CORREO LA REINA - SANTIAGO - CHILE

Enrique Molina

LLAMADA PERPETUA

Las mujeres de los andenes y las correrías sordas como
flores y peinadas con el marfil del olvido
reinas furtivas apostadas en cuartos desconocidos
sus lenguas nómades iluminando los corazones cuando
sus ropas se disuelven y como es natural su ino-
cencia las hace dueñas de la tierra con el sudor
de sus bocas y arden sobre los muertos y las joyas
mientras corre el sol por sus espaldas
¡centellantes como el salto de la
marsopa bajo la carcajada del trópico!

Y sólo su cielo de amnesia. Sólo sus pechos irreco-
nocibles detrás de grandes lluvias
carnívoras lentas pérdidas de pronto en plena esta-
ción como una costa que vira hacia la incertidum-
bre de otro aliento!

La luna de los hoteles con indecencias de otras razas.
Una misma mirada sirve de abrigo y de amenaza.
Criaturas cuya piedad nos exalta como una hostia
violada
cuya ternura nos enardece como el escorpión en su
círculo de fuego.

¡Oh bellos dientes de los demonios que amo! Un
sol de mujer que se evade hasta la raíz de su sangre
rozando con su cuerpo todas las hojas del verano
todas las plumas de la locura todos los gallos de-
capitados bajo el filo de su presencia
¡como la llaga blanca del tiempo perdido!

Rolando Toro

EL BRUJO

Una hoguera consume allá lejos
todo lo pasajero... el cuerpo lacerado
en los carbones de iniciación.

Los Relatores de mi vida
han llamado en la noche.

Violento es el crepitar de los mástiles
volcados por el huracán en el hombre-velero
sin rumbos.

¡Separación... separación! Y el viento
de la partida...

¿En qué fondo tan suave, después de cuántos reinos
y de cambiar la piel,
errante, en las cortezas de mundos abandonados,
en qué semilla, cerraremos de nuevo el abrazo?

(—Veo cerezos en flor, llanuras plenas de cerezos con
pequeñas flores temblorosas y veo también la llanura
reseca y sólo grandes espacios.—)

Yo no conozco dificultades cuando barajo
las imágenes que son nuestra propia sombra.

¿No sientes, sin embargo, el viviente
olor de la noche en las ventanas abiertas;
el olor de las algas y de los gritos del otro mundo?

¿No sientes ahí el temblor del gran cuerpo,
del voluptuoso y fluyente pulsador de calor
abriéndose en las valvas del sueño,
y tú, palpando sus muros parlantes
y sus viscosas entrañas?

(—Veo el camino de tierra rojiza y el verde prado donde
los potros restallan en la ardiente luz de la tarde...
y veo, sin embargo, el camino vacío, abierto en la duna viva.—)

Pues las cenizas pugnan por reemplazarnos,
a nosotros, pies de abismos.
A nosotros, regazos, animales de primavera, sedientos.
A nosotros, pulmones de eternidad, monstruos
de brillantes garras, profanadores
de cuanto aspira a vivir con la dignidad del pájaro
y la opulencia de la serpiente.
A nosotros, danzantes, las cenizas nos aman,
las arenas nos hablan en el sitio de todos los encuentros,
en esa semilla pura del movimiento.

(—Veo el camino no caminado
y el árbol del dolor cortado en el alba.—)

Porque somos una equivocación en el sueño,
aparecidos después del naufragio, en el arrecife
infinito de un lugar de conciencia,
una equivocación de la sonrisa que vende lejanías
al buscador de proximidad.

(—Veo cerezos... pequeñas flores
que tiemblan... y veo el valle desierto.—)

TRES LEYENDAS ARAUCANAS

Recopiladas por TOMAS GUEVARA

VIAJE A LA TIERRA DE LOS MUERTOS (Relatada por Juan F. Melivilu, Maquehua *)

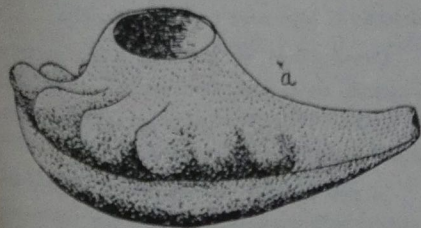
Había una joven indígena que se casó con un joven también indígena. Una noche soñó la joven que se clavaba con espinas. Cuando despertó, conoció que las espinas eran una fuerte fiebre que le devoraba la vida a su marido. La fiebre fue tan fuerte que al cabo de unos días murió. La infeliz se vió sin ningún apoyo en este mundo i sólo pensaba morir para irse a unir con su marido allá en el otro lado del mar. Para conseguir su proyecto, la viuda no comía ni dormía y todas las noches salía a un sitio más apartado de su casa, para llorar y llamar a su marido. Una noche casi desmayada de tanto llamarlo, se quedó dormida; cuando despertó, se encontró en brazos de su marido: él le preguntó por qué lo llamaba tanto; ella le dijo que no podía vivir sin él i que se la llevara. Le prometió que a la noche siguiente la vendría a buscar, porque no tenía los útiles necesarios para el viaje, que era muy lejos donde estaba. Le encargó se fuera para la casa i a la noche siguiente trajera ropa para que se abrigara.

A la noche siguiente vino i como no llegara tan luego su marido, se quedó dormida.

* Se ha conservado la ortografía del original.

Cuando despertó ya había llegado su marido. Le pasó seis panes i la hizo comer uno antes de subir a caballo. La tomó en ancas i le dijo que la marcha debía ser en silencio. A poco andar, se quedó dormida; cuando despertó, estaba a las orillas de un mar; amarraron el caballo. Había una canoa; él le dijo que antes de embarcarse tenía que comerse otro pan. Como por la mitad le dijo que debía comerse otro pan; se quedó dormida. Cuando despertó, estaban a la otra orilla del mar. Veían fuego i a mucha jente calentándose i bebiendo. Se desembarcaron i ella reconoció a los parientes que habían muerto muchos años atrás. La vinieron a saludar; ella se sentó. Todos bebían, cantaban i lloraban. Ella se quedó dormida i cuando despertó, era ya de día claro i no vió a nadie, sólo unos carbones que humeaban i casi la dejaban ciega. Se puso a llorar al verse desamparada; se volvió a quedar dormida. Cuando despertó, era de noche i todos estaban bebiendo como en la anterior. Luego vino su marido i llorando le preguntó por qué la había desamparado; él le dijo que no podía ver la luz del día i que los carbones eran todos los que ella veía en la noche. Le aconsejó que se volviera a su tierra, porque donde estaban se sufría mucho; ella aceptó i se fueron a la ori-

lla del mar. Antes de embarcarse le dijo que tenía que comerse otro pan; se embarcaron. La mujer se quedó dormida. Después despertó. Habían llegado a este lado del mar, desembarcaron. El hombre le dijo que se sentara en un palo que había ahí hasta que amaneciera. Se despidió i se fué. La mujer se durmió por última vez. Cuando despertó, estaba en el cementerio, i el palo donde ella estaba sentada, era el mismo con que habían tapado la sepultura de su marido. Se puso a gritar, i como el cementerio estaba cerca de su casa, vinieron su suegro i todos los demás que vivían en la casa, porque ella no se animaba a moverse de miedo. La llevaron para la casa, le calentaron los pies i la acostaron. En la tarde, cuando se le pasó el susto, contó todo lo que le había pasado i a los seis días murió.



UN HUITRANTALHUE *

(De Huilinao)

Había un mapuche rico. Le robaban mucho los animales. Un día dijo: "Estos no me tienen miedo; voy a comprar un huitrantalhue." Lo compró. Como a la semana que lo compró le dijo el huitrantalhue: "Padre, dame una oveja." El dijo. "Toma cualquiera." Creía que era una oveja. Un chiquillo se le murió en la misma noche. Pensaba mucho porque se le había muerto el chiquillo; pensó si sería el huitrantalhue el que había muerto al chiquillo.

Después le pidió otra oveja; él le dijo: "Toma cualquiera," i se le murió otro chiquillo. Entonces comprendió que no eran ovejas las que le pedía el huitrantalhue. Quiso matarlo. Tomó el huesito que era el huitrantalhue i lo puso en la cartera del cinturón. Subió al caballo i se fue para el otro lado del río. Cuando iba en la mitad del río, se sacó el cinturón i lo botó al agua. Después en el otro lado se puso a tomar licor. Cuando estaba ebrio i se había hecho de noche, llegó el huitrantalhue diciéndole: "Chao, chao (padre, padre) ¿por qué me echaste al agua? yo no muero nunca aunque me echen al río o al fuego". Después se fueron los dos para la casa i siguió pidiéndole ovejas, i las ovejas eran chiquillos. El preguntaba a los demás cómo se podría matar

* Los mapuches suponen que de un hueso de delfino puede hacerse un huitrantalhue.

al huitranalhue, i nadie sabía. Al poco tiempo cuando se le acabaron los chiquillos, le pidió una vaca; él le dijo que bueno y se le murió una de las mujeres. Después le pidió la otra; él no se la quería dar. El huitranalhue le dijo que si no se la daba, se lo comía a él. Se la dio de miedo. A los pocos días le pidió un ternero; era un sobrino. En esos mismos días encontró a uno que le dijo cómo se mataba a los huitranalhue. “Si haces lo que yo te voi a decir, entonces lo puedes matar”. Le dijo que partiera harta leña e hiciera harto fuego; después que pusiera una olla grande al fuego, i que la tapara con una piedra de moler, i cuando estuviera bien caliente la olla, echara el hueso i la tapara otra vez. Debía tener un caballo ensillado i en el mismo momento corriera a toda como una legua, porque si se quedaba cerca, moría. Lo hizo: montó a caballo, corrió como una legua, se paró i sintió un estruendo. El otro le había dicho que cuando sintiese ese estruendo no había cuidado. Después vino a su casa, rodeó todos sus animales i se fue para la cordillera.

LA MUJER QUE SE PERDIO CUANDO ANDABA EN LA CORDILLERA LLAIMA BUSCANDO PIÑONES

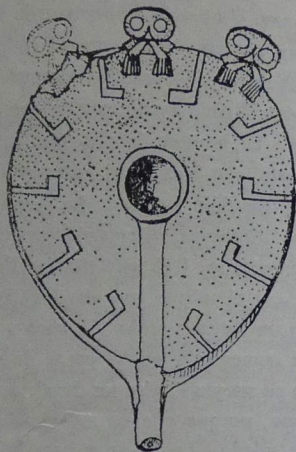
(Relato por Manuel Lonquítue)

Una mujer andaba con su marido, un hijo i otros más. Se apartó. La buscaron cuatro días, llamándola, hasta que se aburrieron.

El hijo tendría como veinte años. Un año después el hijo salió para la Argentina.

Cuando llegó, su padre se había muerto, i estando en casa de unos amigos, su tropilla se perdió; dijo: “¿Qué se habrá hecho mi tropilla? ¿quién me la habrá robado?”

Se puso a seguir por los rastros. Entre los rastros de los caballos también iba un perro



muy grande. Llegó a una altura i los rastros siguieron adelante; llegó por unos bajos, ni noticia de los caballos. Se subió a otra altura i divisó una casuchita que estaba humeando i dijo: “Voi a preguntar; puede ser que los hayan visto pasar.”

Cuando llegó a la casucha dijo: ¡oiiii! . . ., como es costumbre entre los indígenas cuando llegan a cualquiera casa, como queriendo decir ¿hai jente?

Cuando de repente sale una mujer i lo queda mirando; asustada ella le dice, abrazándolo: “Pase para dentro, hijo, ¡síntese!” El conoció a su madre i lloraron mucho.

Luego él le preguntó por su caballo i ella le dijo que sus caballos no estaban perdidos. Yo he mandado buscar sus caballos con el fin de verlo a Ud; he tenido mucha pena por Ud.

Ahora yo estoi casada i tengo dos hijos que son sus hermanos; no están aquí andan buscando o cazando choique (avestruz), pero luego llegan.

Ella miraba cada momento si venían ellos. Dice a su hijo: “van a llegar en forma de perros i Ud. no les tenga miedo; se acercarán como jimiendo; Ud. les dice ¡éé!!!, como saludándolos. Sus hermanos igualmente i se irán a echar al lado de Ud. i no les tenga miedo”.

“Si traen carne, yo voi a hacer que comer i le voi a servir a Ud. i Ud. no se va a servir nada. Si se sirve, puede perder el sentido; va a finjir que se está sirviendo.” El hizo tal como le había dicho su madre, cuando llegaron.

Los perros empezaron a jimir como hablando con su madre; entonces ella le dijo: “Están diciendo que Ud. se aloje, que se vaya mañana.”

No aceptó nada con tanto miedo i luego se despidió.

I le dice su madre: “Uno de sus hermanos va a ir a ponerlo en camino; va a empezar a jimir; usted le dice adiós. Usted se va a venir aquí dentro de un año más.” Este contó todo cuando llegó a casa de su amigo i dijo: “Quizás voi a morir, porque ella me dijo que va a llevarme dentro de un año más”.

Así fue; al año murió. La carne que trajeron eran cabezas, dedos i brazos de jente; ella decía que andaban cazando choiques.

Los perros eran cherruves i la mujer estaba casada con cherruve.

Esto me contó una mujer que también andaba en los pinales cuando se perdió la otra.

Dicen que siempre se pierden mapuches en la cordillera Llaima.

Los cherruves por el lado de la cordillera toman muchas veces forma de animal.

LA CABEZA DE SALOME

Poema Dramático de BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO.

Personajes:

La Cabeza Parlante. Ella. El. El Marido.
El Cuervo. El Conejo. El Jaguar. Voces de
Niños, 1º, 2º, 3º.

PROLOGO

LA CABEZA PARLANTE.— (La cabeza de la protagonista asoma entre la cortina). Señoras y señores: Ante todo, debo pedir a ustedes mil perdones por atreverme a presentaros solamente mi cabeza. Sin duda, una cabeza parlante es siempre motivo de inquietud para quienes la escuchan porque, con razón, se considera que algo debe ocultar el cuerpo o que algo debe cubrirlo; una tina de baño, las sábanas de un lecho, la mortaja. De un modo o de otro, cuando no enseñamos más que la cabeza es que hemos sido sorprendidos en un momento de intimidad, lo que no escapa a la curiosidad de quien nos mira con ojos, por demás, interrogantes. Pero ahora seré yo quien os pregunte, si me lo permitis: ¿Qué se pide de un rey injusto; de un bandido famoso; de un retrato de la mujer amada? La cabeza. ¿En dónde residen los sueños y las ilusiones y los pensamientos? En la cabeza. La personalidad, el reflejo propio de cada ser ¿cómo podríamos captarlo fuera del rostro?

Pues bien, señores y señoras, como sabéis por experiencia ajena, que es la mejor forma de la sabiduría, a veces se pierde la cabeza y el verdugo es el amor. Por el amor perdemos la cabeza. ¿Cómo explica la ciencia este peligroso juego mortal? Yo sé que no a todos interesan las explicaciones científicas, entre vo-

sotros abundan también los temperamentos poéticos, más atentos a la sensibilidad que a la reflexión, y el drama de mi vida, que vais a conocer dentro de poco, participa tanto de la ciencia como de la poesía; porque es poesía todo lo que la ciencia no puede aún explicarnos como, por ejemplo, la magia de un sueño. (Como si relatara un sueño propio...)

Veo un paisaje extraño de color tropical y un camino muy largo. Va subiendo la noche —porque la noche sube de la tierra— y unos ojos de hombre, obsesivos, me miran fijamente y una mano omnimoda me acaricia y crece y me persigue y me detiene... (La voz se va apagando. Oscuro. Comienza la acción).

ESCENARIO.— Paisaje tropical a lo Douanier Rousseau. Un camino que se pierde a lo lejos. Palmeras y murmullos; comienza la noche. A la izquierda, visible, el interior de una choza de techo cónico. La hamaca tendida. El fogón ardiendo. A la derecha, en primer término, el tronco de una gran ceiba protectora, iluminado especialmente durante la

ESCENA I

ELLA viene por el camino y EL la detiene.

EL.— (Apoyado en el tronco.) ¡Salomé! ¡Salomé!

ELLA.— No, ahora no. Déjame. Todavía no nace la luna.

EL.— Sí, ven. Estoy cansado y quiero reposar en tus brazos.

ELLA.— Veo la luz del fogón. Ha de estar esperando. Déjame. Más tarde, cuando el silencio asome la punta de los pies.

EL.— (Deteniéndola con el brazo alrededor del cuello.) Veo tu sonrisa. Los fríos peccitos de tus dientes...

ELLA.— Aguarda.

EL.— (Soltándola.) Hasta que tú regreses.

ELLA.— Pronto. (Pausa) ¿Sentiste el vuelo del venado? Huye en cuanto huele al hombre.

EL.— Vuelve.

ELLA.— Luego. Espera.

EL.— (Con tristeza.) Espero.

(ELLA se aleja rumbo a la choza. EL se sienta al pie del árbol y espera tocando el organillo de boca. Oscuro. Se oye el tema musical, melancólico, del organillo.)

ESCENA II

En la choza. EL MARIDO. Ella aparece.

EL MARIDO.— La noche te acompaña. Tengo hambre.

ELLA.— ¿Prendiste la lumbre?

EL MARIDO.— Dejé el ocote sobre la leña, estaba verde. (A ELLA, después de un silencio.) El humo no me había dejado verte, pero te veo ahora. (Con pena.) Te veo como eres.

ELLA.— (Con fingida inocencia.) Sólo puedo verme en el agua del río.

EL MARIDO.— Prepara el chocolate.

(ELLA toma los utensilios, va al fogón, vuelve

en silencio. Se oye a lo lejos el arrullo del organillo.) ¿Hay serenata de Nilo el Trovador?

ELLA.— Vine por el surco. No vi a nadie. (Dando el chocolate.) Toma.

EL MARIDO.— (Después de una pausa, receloso.) Anda, cuelga la hamaca. Pronto quiero saber tus sueños.

ELLA.— (Con inquietud.) ¿Tú no piensas dejar tu cuerpo?

EL MARIDO.— Sí, para que el día envéjezca.

ELLA.— (Recostándose en la hamaca.) Con la luz quiere verte Chan Capataz en el plantío. Lo vi en la plaza y me lo dijo.

EL MARIDO.— (Tendiéndose cerca del fogón.) Si de la Ceiba manara agua... pero no, la tierra está seca para mí como tus labios, como las flores de tu "huipil". (Pausa.) Los hombres podemos sacar los gusanos de la quijada; curar los males de la bola del ojo y componer los huesos. Pero no podemos hacer brotar el agua de donde se esconde el agua.

ELLA.— Apaga el fuego. Es hora de dormir. (Se mece en la hamaca.)

EL MARIDO.— (Arreglando el fuego del hogar.) Dejo las brasas en la ceniza. (Como abstraído.) El fuego en la ceniza que hace olvidar. El fuego blando y rojo; el fuego nuestro; ¡la cabellera creciente, rama de sangre, carne del viento, lengua del cielo! Que el fuego y el sueño desnudan al hombre mortal. (Repetiendo en la inconsciencia del sueño.) El fuego y el sueño... el fuego... y el sueño... desnudan al hombre... mortal. (Vuelve a oírse el arrullo del organillo acompañando el silencio y la quietud del sueño de los que duermen.)

ESCENA III

Al fondo, entre la decoración tropical, EL CUERVO, en la rama del árbol; EL CONEJO, en un hueco del tronco; EL JAGUAR, emboscado.

EL CUERVO.— ¡Crash! ¡Crash!

EL JAGUAR.— ¡Ah! Con humo y ceniza cubren mi lengua, pero no la tocan.

EL CONEJO.— ¡Ji! ¡Ji! Mis orejas largas huelen el silencio.

EL CUERVO.— ¡Crash! ¡Crash!

EL CONEJO.— (Al CUERVO.) ¿Qué es lo que dice el enlutado sepulturero?

EL CUERVO.— ¡A callar, ignorante sábelo todo, que mi oficio es cosa seria.

EL CONEJO.— Entonces, comienza la noche. Reunidos la astucia, la muerte y el fuego...

EL JAGUAR.— Silencio. Cada quien a su sueño.

EL CONEJO.— Cada quien a su espejo.

EL CUERVO.— (Intencionado.) ¡A esperar lo que espero!

ESCENA IV

En la choza. Pausa. Se va oscureciendo la escena y vibra únicamente la luz, ahora velada en sueños, del fogón. ELLA se levanta, irreal, y con visible gesto, toma en sus manos su propia cabeza (una máscara corpórea igual a su cara) y la deja en la hamaca. Sólo su cuerpo, su cuerpo solo, sale ligero de la choza al encuentro de EL. (Un "huijil" diseñado expre-

samente, que cubre la cabeza de la actriz para hacerla aparecer decapitada, puede facilitar el truco. No olvide la actriz que sus movimientos, su actitud, la marcha del cuerpo solo, deben producir en el espectador una intensa emoción. Su ritmo no debe ser de fantasma —risible— sino de figura en sueño y, con intuición de danza, expresar con el movimiento nada más de los miembros el estado de ánimo del personaje, ya que se pretende, en este ensayo de escenificación de un sueño que, como en los sueños, los movimientos, las actitudes, los hechos tengan más importancia que las palabras).

ESCENA V

Junto a la Ceiba. Más bien las voces y las sombras y los movimientos que los personajes. EL. ELLA.

EL.— No veo tus ojos.

ELLA.— Mi cuerpo está junto a ti.

EL.— Con la sonaja de la niebla se atrae el agua, pero la noche es turbia y en el pozo seco de mis labios no asoma tu sonrisa.

ELLA.— Mi cuerpo está contigo.

EL.— Sí, tu cuerpo, el peso de tus manos, el arrullo de tu sangre, la línea móvil del camino que recorren mis brazos...

ELLA.— Mi calor de este día.

EL.— Lo sé, pero mis ojos están vacíos de ti.

ELLA.— Fantasías de los ojos.

EL.— Espinas de la luz de tu mirada... ¿por qué no veo tu rostro?... ¿la gracia de tus labios?... ¿el humo de color de tus cabellos?

ELLA.— Estoy cerca de ti; juntos en uno.

EL.— Pero no veo tu alma y apenas oigo tu voz.

ELLA.— Arden tus sienes. Me amas como la noche, sin mirarme.

EL.— Ciego amor.

ELLA.— De sombra y de ceniza.

(Se apagan las voces. Se pierden las formas).

ESCENA VI

En la choza. EL MARIDO, entre sueños, se levanta, toma la cabeza de ELLA de la hamaca y, visiblemente, con emoción amorosa, la oculta entre la ceniza del fogón y vuelve a tenderse en su sueño, cerca del hogar. (El actor intérprete de este personaje deberá hacer suyas las indicaciones anotadas para ELLA en la escena IV).

ESCENA VII

Al fondo. EL CUERVO. EL JAGUAR. EL CONEJO.

EL CUERVO.— ¡Crash! ¡Crash!

EL JAGUAR.— Leño sin fuego; cuerpo sin cabeza, ni arde, ni quema, ni vive, ni sueña.

EL CONEJO.— Sólo caen las cabezas de las reinas.

EL JAGUAR.— En mis rojas lenguas se quemó el cabello... las uñas no crezcan... se pudran los huesos.

EL CONEJO.— Se olviden los sueños.

EL CUERVO.— (Aparte.) Para mí el florido banquete carnal.

ESCENA VIII

ELLA regresa al sueño de la choza. Se acerca en silencio a la hamaca. Busca inútilmente su cabeza. Con desesperación, busca su cabeza. No la encuentra. En giros de danza, con los brazos en alto, su cuerpo se dobla mortalmente. Se oye el tema musical, melancólico, en el organillo. ELLA, noche en la noche, sale al encuentro de EL. Le llama con los brazos. Su sombra de cuerpo moribundo, nada más que el cuerpo, cae en brazos de EL y el oscuro, lento, arrastra a los amantes a la Nada. Pausa. Lentamente amanece. Un rumor de vida renace de la Tierra. Voces de niños, interiores, exclaman jubilosas.

NIÑO 1.— ¡Amanece!

NIÑO 2.— ¡Ya viene el día!

NIÑO 1.— ¡Amanece!

NIÑO 3.— ¡Aleluya! ¡Aleluya!

(Mientras la luz va inundando alegremente la escena.)

TELON

“A ti te invocamos, puesto que has creado al hombre tal cual,
 [asimismo invocamos al hombre,
 que sin embargo debe valerse por sí mismo... Contempla, oh Señor,
 [el diabólico combate que se libra en nuestro corazón!
 y no cierres tus santos ojos ante nuestra miseria, sino deja que ellos
 [vean también el monstruo
 que mora secretamente en nuestro interior y hace que las tentaciones
 [lo alimenten como con caldillo de pescado.
 Y no nos dejes caer en la tentación, imploramos en la noche,
 el pecado empero golpea nuestra puerta,
 entra a la casa y se aproxima a nuestra mesa.
 Aleja, por lo tanto, el candente sartén,
 en el que se seca nuestra carne,
 porque la bestia que hay dentro de mí es harto miserable”.

(Oración de un misal de la Edad Media.)

“Te vocamus, quod sic plasmavisti hominem
 et hominem itidem vocamus,
 qui tamen debet praestare seipsum...
 percipe hanc altercationem
 in corde nostro diabolicam, Domine!
 Et oculos sanctos tuos
 in inopiam nostram conjicere non gravatore,
 Sed conspice portentum clam nobis abditum, in extis...
 Acredit, quod allectationes nutriunt
 ipsum velut alece.
 Et ne nos inducas in tentationem,
 supplicamus ad Vesperum,
 peccatum tamen ostium pulsat intratque domum
 et intrat prorsus ad meusam.
 Amove ergo sartagine[m] igneam,
 qua caro siccatur,
 nam animal in me debile crebro”.

EL MOZO DE CU
 BRUJA. Grabado de
 llamado Grien 1480-154
 de un facsimil.

EN ESTE NUMERO:

ANTONIN ARTAUD

Carta a los directores de los asilos
 de locos.

EDITH SITWELL

Euridice.
 (Traducción de Aldo Torres P.)

LUDWIG ZELLER

Collage y poema.

ROSAMEL DEL VALLE

La memoria alegórica.

ALDO PELLEGRINI

He encontrado el secreto de tus ojos.

BENJAMIN PERET

Mitos y leyendas de América.
 (Versión de Calvert Casey.)

ENRIQUE MOLINA

Llamada perpetua.

ROLANDO TORO

El Brujo.

TOMAS GUEVARA

Tres leyendas araucanas.

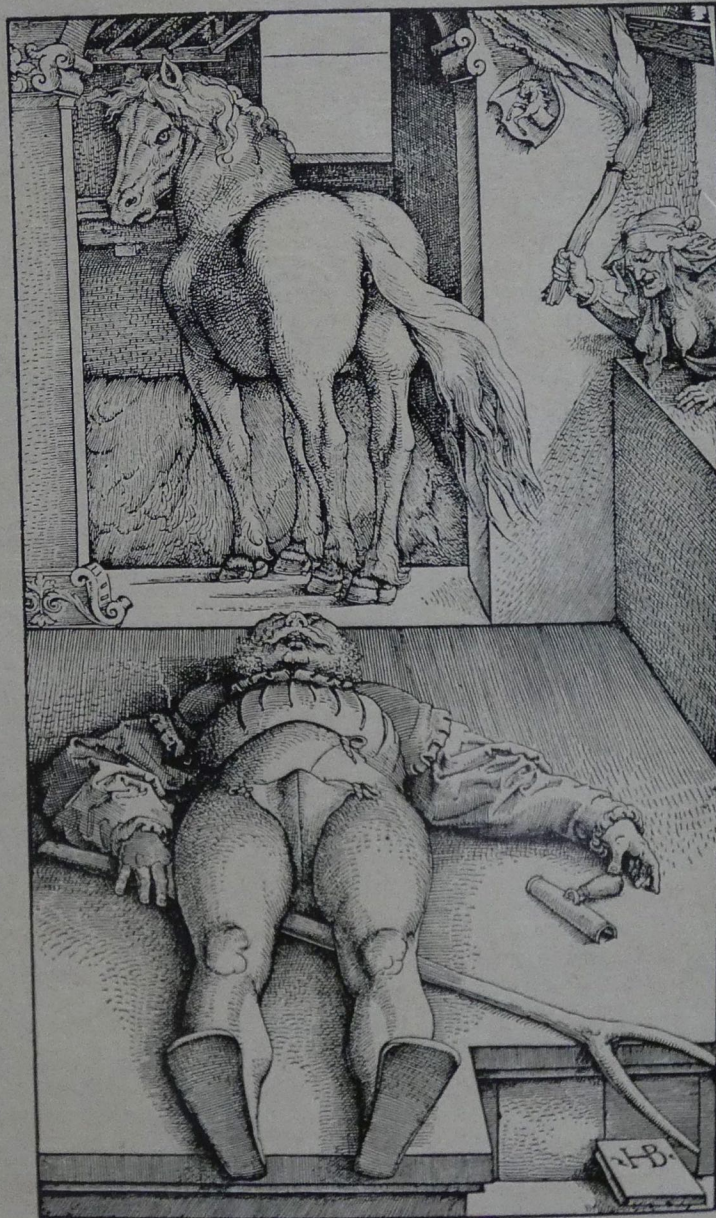
BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

La cabeza de Salomé.
 Poema dramático.

ANONIMO

Oración de un misal de la Edad
 Media.

CASA DE LA LUNA



EL MOZO DE CUADRA Y LA
BRUJA. Grabado de Hans Baldung,
llamado Grien 1480-1545. Reproducido
de un facsimil.

CASA DE LA LUNA

“Todo lleva a creer que existe un cierto punto del espíritu en el que la vida y la muerte, lo real y lo irreal, lo alto y lo bajo, dejan de ser por lo contradictoriamente.” ...

ANDRÉ

